

Reseñas

Anthony Winson, *Coffee & Democracy in Modern Costa Rica*, MacMillan, Londres, 1989, xiv-195 pp.

EL DESARROLLO político y económico de Costa Rica en el último medio siglo constituye uno de los temas favoritos en los estudios latino-americanos, y particularmente entre los académicos del mundo anglófono. El pequeño país centroamericano presenta un contraste nítido con las convulsiones y el subdesarrollo de sus vecinos, con una poco frecuente conjugación de democracia y desarrollo.

El libro de Winson representa un esfuerzo bien logrado de estudio de los factores políticos y estructurales de esta conjugación; pone atención en la organización social de la producción cafetalera y en las transformaciones que el proceso político posterior a la segunda guerra mundial introdujo en ella. Winson desarrolla un análisis balanceado mediante un acertado enfoque desde la economía política, que le permite tanto evitar el sesgo economicista que reduce a la democracia costarricense a sus bases económicas, como un sesgo politicista que reduzca todo a institucionalidad y actores políticos, sin atención al marco estructural. El libro dedica una atención privilegiada al papel desempeñado por el Estado en la modernización capitalista, y en particular en la creación de condiciones de rentabilidad para las empresas cafetaleras: un enfoque oportuno en estos tiempos de antiestatismo vulgar.

Winson parte del hecho de que el desarrollo económico de Costa Rica ha estado ligado al establecimiento de una economía nacional cafetalera desde mediados del siglo xix. Estudia su evolución hasta 1940, y propone una caracterización bonapartista del tipo de Estado que emerge al final de esa década para inaugurar una nueva era en la vida de la república. Winson afirma que en todo el período posterior a la segunda guerra, Costa Rica representó uno de los pocos desafíos exitosos a la dominación prolongada de los grandes productores agrícolas, dentro de un marco capitalista; por lo tanto, sin eliminarlos de la matriz socioeconómica. El establecimiento de la variante costarricense de democracia liberal está ligado al modo en que después de 1948 el Estado alcanzó un grado de autonomía duradera, tanto respecto de la burguesía cafetalera (Winson la llama oligarquía), como de las clases populares que en ese entonces conformaban la base social del Partido Vanguardia Popular (PVP) y que en la coyuntura de 1948 apoyaban una opción de cambio radical.

El movimiento armado dirigido por José Figueres y el partido Social Demócrata —a partir de 1951, Partido de Liberación Nacional— proscribió al PVP, al mismo tiempo que se apropió de algunos aspectos importantes de su programa de reformas económicas y sociales, y a través del manejo de instrumentos políticos, el Estado que se configuró tras los acontecimientos de 1948 arrebató a la burguesía cafetalera el manejo de una porción sustancial del excedente del café. El manejo de este excedente permitió a Figueres ganarse el apoyo político de buena parte de los pequeños productores de café y competir exitosamente por el apoyo de los asalariados con la izquierda prosrita. Winson reconoce que el poder político de los cafetaleros ya declinaba años antes de la Junta de 1948, pero ello no reduce su admiración por el talento de Figueres, a quien considera un caso ejemplar de político bonapartista. Destaca asimismo que el éxito de la estrategia del PSD/PLN debió mucho a la existencia de un programa de acción política y transformación social que grupos intelectuales —en los que destacaba la mente vigorosa de Rodrigo Facio— venían discutiendo y bosquejando desde años atrás, en torno al Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, fundado en 1940, y el periódico *Surco*.

El activo intervencionismo en la economía practicado por el Estado que se fue configurando a partir de los sucesos de 1948 constituye para el autor la base del sistema político vigente en Costa Rica hasta la actualidad. La nacionalización de la banca permitió asignar los recursos crediticios a los objetivos de política establecidos por los grupos que se expresaban a través del Estado; la creación en 1949 del Instituto Costarricense de Electricidad (ICE) promovió el desarrollo de infraestructura y de programas de irrigación. Estas y otras medidas favorecieron el desarrollo de procesos de inversión fuera del sector agroexportador tradicional. La creación de un impuesto *ad valorem* a la exportación de café permitió la apropiación pública de parte del excedente que antes quedaba en manos de la oligarquía cafetalera; los fondos obtenidos permitieron desarrollar programas de infraestructura rural que incluían electrificación, drenaje, caminos.

La autonomía relativa del Estado respecto de los grupos sociales fundamentales —burguesía cafetalera, asalariados, pequeños productores rurales— otorgó un amplio margen de maniobra al grupo político dominante de Figueres y Liberación Nacional. De acuerdo con el análisis de Winson, esto permitió superar las tensiones que siempre se dan entre producción y distribución en momentos en que entra en crisis la hegemonía de los terratenientes, y que a la postre minan la democracia. Al alcanzar un grado duradero de autonomía política respecto de la clase tradicionalmente dominante, y capturando para el Estado una porción importante de la riqueza generada por el café, Figueres y el PLN pudieron mantener un equilibrio manejable entre el imperativo de redistribuir la riqueza para adquirir consenso de masas, y la necesidad de estimular la productividad y racionalizar la más importante actividad económica nacional. Las medi-

das para modernizar la producción cafetalera incluyeron a lo largo de las décadas de 1950 y 1960, la renovación de las plantaciones, la promoción del uso de fertilizantes, políticas de crédito, producción de semillas de alto rendimiento, desarrollo de nuevas técnicas de manejo de cultivos, etcétera, todo impulsado directamente por agencias estatales. El movimiento cooperativo, iniciado tímidamente a finales de la década de 1920, recibió un impulso decidido.

Winson señala que una parte considerable del excedente cafetalero volvió a la agricultura en forma de proyectos de desarrollo y no sólo en programas de bienestar social. Así, mientras los programas iniciales para reestructurar la economía tuvieron que ser impuestos sobre una clase terrateniente opuesta a tales cambios, en el largo plazo los elementos más poderosos de esta oligarquía resultaron fortalecidos por la modernización del sector cafetalero. Esta situación marca un contraste con otras experiencias de expropiación parcial del excedente agropecuario en América Latina, en las cuales tuvo lugar una transferencia del mismo hacia el capital industrial, para impulsar procesos de sustitución de importaciones, en un enfrentamiento político con los grupos terratenientes y exportadores que dejó poco espacio para el acuerdo y la negociación. En este punto, Winson discute la interpretación de este proceso formulada por Stone, para quien las reformas determinaron la posición económica de los grandes cafetaleros.¹ Al contrario, Winson sostiene que este grupo, junto con otros empresarios rurales no cafetaleros, ha sido más exitoso en la apropiación de los fondos estatales dirigidos hacia la revitalización rural, que el rápidamente creciente número de productores pequeños y marginales.

El crecimiento de la productividad fue mayor en los grandes cafetaleros que en los pequeños, debido a que aquéllos se apropiaron mejor de los beneficios del progreso técnico y la modernización promovida desde el Estado. Algo similar ocurrió en materia de expansión de los volúmenes de producción (pp. 109-110). También se incrementaron las concentración y centralización de la producción (pp. 121, 139-140). El resultado de todo esto, concluye el autor, es que la vieja oligarquía cafetalera salió fortalecida, aunque en una forma reconstituida, y en el marco de una mayor diferenciación de los grupos capitalistas.

Sin conducir un estudio comparativo, Winson articula su análisis del desarrollo y transformaciones del capitalismo agrario en Costa Rica con similares procesos en las otras repúblicas centroamericanas, Argentina, Brasil y, en menor medida, Europa central. Esto le permite identificar pautas de recurrencia y diferenciaciones, enriqueciendo el resultado global del estudio. Llama la atención sin embargo que no haya prestado atención a los difundidos estudios de Williams y Brockett sobre el mismo tema en Centroamérica.²

¹ Samuel Stone, *La dinastía de los conquistadores*, EDUCA, San José, 1975.

² Robert Williams, *Export Agriculture and the Crisis in Central America*, Uni-

El marco conceptual de Winson está fuertemente influido por el modelo leninista de desarrollo del capitalismo en el campo, que distingue entre la vía "farmer" o norteamericana, y la vía prusiana o "junker". En la interpretación de Winson, el caso de Costa Rica se inscribe en el segundo modelo, pero con varias particularidades: fuerte peso de las pequeñas unidades de producción, menor disponibilidad de fuerza de trabajo permanente por la baja densidad poblacional, etcétera. Esto último establece diferencias también con otros países de la región —sobre todo con El Salvador y Guatemala— en los que el auge agroexportador de la década de 1950 aceleró el proceso de proletarianización de la fuerza de trabajo. La opción conceptual de Winson otorga mayor sistematicidad y proyecciones teóricas a su estudio, pero aun quienes no participen de dicha opción encontrarán en el libro un análisis sólidamente fundamentado en los datos de la realidad.

No obstante, me parece que esta opción lleva al autor a soslayar algunos aspectos del proceso de cambio "desde arriba" en Costa Rica que agregaron sus efectos a los factores que Winson estudia, para generar ese efecto poco frecuente de prolongada estabilidad. Tengo la impresión de que en su meticulosidad por poner de relieve la racionalidad del modelo impulsado desde el Estado bonapartista y la capacidad de adaptación de la burguesía cafetalera a las nuevas situaciones, Winson a veces pierde de vista que en 1948 hubo vencedores y vencidos, y que la derrota de las clases populares no tuvo como contrapartida una victoria de clase de la burguesía cafetalera. Es esta situación la que permite la creación de ese Estado que Winson caracteriza como bonapartista: no era el Estado de los asalariados, pero tampoco era el Estado de la burguesía —o por lo menos, no era el Estado querido por la burguesía.

Tal vez una mayor atención a aspectos complementarios de las políticas de desarrollo agropecuario y de promoción de la modernización cafetalera habría arrojado luz a la otra cara del acomodamiento y la neutralización de la oposición capitalista: la neutralización de la oposición de los trabajadores y los pequeños agricultores, mediante políticas de bienestar social, distribución de tierras; la legitimación institucional de las organizaciones laborales. La abolición del ejército privó a la burguesía cafetalera y al conjunto de los grupos dominantes del que, en la política latinoamericana, es su instrumento fundamental de poder; a cambio de esto, se les ofrecieron políticas de acumulación y modernización. Los trabajadores que simpatizaban con el PVP sufrieron la proscripción de su organización; a cambio, se les ofreció seguridad social, cooperativas y sindicatos.³

versity of North Carolina Press, (Chapel Hill, 1986); Charles Brockett, *Land Power and Poverty. Agrarian Transformation and Political Conflict in Central America*, Unwin Hyman, (Boston, 1988).

³ Vid. Carlos M. Vilas, *Transición desde el subdesarrollo*, Nueva Sociedad, Caracas, 1989, capítulo I.

Winson cierra su análisis en la década de 1970. Las transformaciones experimentadas en el decenio siguiente en la relación café/democracia, y en el conjunto de la sociedad costarricense quedan por lo tanto fuera de su alcance: el impacto de la crisis de la deuda y de la economía centroamericana, la crisis del movimiento cooperativo y las denuncias sobre su aparentemente amplia corrupción,⁴ la inserción de la economía costarricense en el narcotráfico y el involucramiento de funcionarios públicos de muy alto nivel,⁵ el cambio en el sentido, los alcances y las vías de la intervención del Estado, las reorientaciones ideológicas y operativas de Liberación Nacional.

Carlos M. Vilas

EL RETO DE LA CONSTRUCCIÓN DE LA DEMOCRACIA DESDE LA BASE POPULAR

Pablo González Casanova y Jorge Cadena Roa (coordinadores), *Primer informe sobre la democracia: México 1988, Siglo XXI-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, México, 1988, 372 pp.*

EL AÑO pasado se empezó a distribuir este libro, de gran actualidad por sus planteamientos. Viene a ser un resultado más del gran esfuerzo académico que encabeza el doctor Pablo González Casanova, quien ha coordinado en la década de los ochenta numerosas investigaciones que en muchos países de nuestro continente han fructificado en publicaciones de gran relevancia por sus aportes al conocimiento de la situación política y especialmente de las democracias emergentes en América Latina.

El informe sobre la democracia mexicana es un apretado resumen de las principales tendencias que se venían perfilando antes de las elecciones del 6 de julio de 1988. El quiebre político ahí manifestado y los nuevos brotes que, con dificultad, están pugnando por sobrevivir y fortalecerse, no podrían entenderse cabalmente sin calibrar las tendencias atinadamente estudiadas por el libro en cuestión. Como todo conjunto de hipótesis y tesis acerca de la democracia mexicana, incita a la polémica, al debate. Éste es uno de sus principales cometidos. Pero la discusión a la que se abre requiere de una cuidadosa lectura del material y de abandonar las visiones

⁴ Por ejemplo, Franklin Carvajal, "El cooperativismo llamado a rendir cuentas claras", en *Panorama Internacional*, 33. San José, agosto de 1990.

⁵ Véase Asamblea Legislativa de la República de Costa Rica, *Informe de la Comisión sobre el Narcotráfico*, Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, San José, 1989, y *Segundo Informe de la Comisión sobre el Narcotráfico*, *ibid.*